

dar el tiempo que el rey le había confiado,  
 dando á los reyes y gentileshombres el de  
 rechos, cuidadosamente á su soberano, y  
 aumentando con la mayor severidad si  
 estaban á sus instrucciones, lo que pasaba  
 para que se obedeciese con puntualidad,  
 por lo que después de los repetidos escuadros  
 de guerra de guerra, nada tenían tanto  
 como la inextinguible severidad del señor de

no iban, y algunos de ellos poseían esta-  
 dos en Inglaterra, y estaban unidos con  
 familias de esta nación, por las vínculos de  
 la sangre. De todas las cosas había los  
 tiempos maltratados en que la inextinguible  
 ambición de los reyes, y el interés de los  
 príncipes de estas naciones, haciendo que  
 los ingleses pudiesen por ayudar á los reyes,  
 y que los franceses, ostentando la misma

## CAPITULO VII.

Habíanse unido á los ejércitos de Cristo,  
 numerosas huestes de guerreros escoceses,  
 los cuales se habían puesto á las órdenes del  
 rey de Inglaterra, considerándose como sus  
 vasallos naturales, no porque lo fuesen en  
 realidad, sino porque descendían de fami-  
 lias sajonas y normandas, hablaban el mis-

mo idioma, y algunos de ellos poseian estados en Inglaterra, y estaban unidos con familias de esta nacion, por los vínculos de la sangre. No habian llegado todavía los tiempos malhadados en que la implacable ambicion de Eduardo I, envenenó las hostilidades de ambas naciones, haciendo que los Ingleses peleasen por subyugar á Escocia, y que los Escoceses, ostentando la firme determinacion y tenacidad que constituyen la base de su carácter, defendiesen su independencia, por los medios mas violentos, con las mas incómodas desventajas, y exponiéndose denodadamente á los mayores peligros. Eran frecuentes, sin embargo, y sostenidas las guerras entre Escocia é Inglaterra: pero dominaba en ellas aquel carácter de generosidad que relaja de cuando en cuando el odio de los enemigos, y les da ocasiones de manifestarse recíprocamente corteses y benévolos. En tiempo de paz, y cuando ambos pueblos peleaban por la misma causa, como sucedia en la época de que vamos hablando, los Escoceses y los Ingleses pe-

leaban en las mismas filas, sobre todo cuando el mismo estímulo religioso los animaba, y la emulacion nacional servia tan solo para excitarlos á distinguirse y sobresalir en sus esfuerzos contra el enemigo comun.

Contribuyó en gran manera á conciliar el espíritu de las dos naciones rivales, el carácter franco y marcial de Ricardo de Inglaterra, que no hacia distincion alguna entre sus vasallos, y los de Alejandro de Escocia, salvo las que eran debidas al que se señalaba por sus proesas en el campo de batalla. Pero durante su enfermedad, y de resultas de la penosa situacion á que estaba reducido el campo de los cristianos, empezó á estallar la rivalidad, entre los diversos tercios que lo componian, cual suelen abrirse las antiguas heridas del cuerpo humano, cuando sobreviene la debilidad, ó la dolencia, que amortigua todos sus resortes, y aletarga toda su robustez.

Eran igualmente orgullosos, fieros, y sensibles á todo agravio y ofensa, por ligera que fuese, los soldados de Escocia, y los de

8.

Inglaterra; los primeros en mas alto grado, por pertenecer á la nacion mas pobre y mas débil: de todo lo cual resultó, que sus disensiones internas tomasen un carácter mas agrio y mas violento, á medida que se aproximaba el término señalado á la tregua, estorvando esta discordia que se uniesen sus fuerzas comunes contra los Sarracenos. Los Escoceses no querian reconocer superiores; los Ingleses no consentian en tener iguales. Reinaban continuas querellas y disensiones en el campamento, y tanto los soldados, como sus gefes y caudillos, que habian sido buenos y cordiales compañeros en tiempo de victoria, se miraban de reojo en la adversidad, justamente cuando era mas necesaria la buena armonía, no solo para el éxito de la causa que unos y otros habian abrazado, sino para preservarse de los riesgos que unos y otros corrian. La misma desunion habia empezado á manifestarse por desgracia entre Ingleses y Franceses, entre Tudescos é Italianos, entre Dinamarqueses y Suecos; mas esto no es de nuestro propósito; solo

atañe á esta relacion la enemiga que reinaba entre los dos pueblos que habitaban la misma isla, y que quizas por esta misma vecindad era mas agria que la que dividia las otras naciones que habian tomado parte en aquella conquista.

De todos los caballeros ingleses que habian seguido á Ricardo en su expedicion á Palestina, sir Tomas era el que mas se distinguia por su odio á los Escoceses. Sus estados lindaban con las fronteras de Escocia, por cuya razon habia estado toda su vida empleado en hostilidades privadas y públicas contra sus vecinos, haciéndoles todo cuanto daño estaba á su alcance, y recibiendo de ellos todo cuanto podian hacerle. Amaba á su rey con aquel afecto receloso del can fiel á su dueño, que le hace intratable para todos los que le son indiferentes, y peligroso y terrible para los que le parecen enemigos. De Vaux habia mirado siempre con disgusto y recelo las señales de confianza, de favor ó de cortesía que Ricardo dispensaba á los que habian nacido

mas allá del río que separaba ambas naciones : línea imaginaria trazada por el encono; en la anchura de los campos, dados en común por la Providencia : y aun llegó á desconfiar del buen éxito de una cruzada en que tomaban parte los que él consideraba como no menos peligrosos y temibles que los mismos musulmanes. Tenia aquella áspera y malhumorada franqueza que distingue el carácter inglés; no sabia disimular el mas pequeño movimiento de afecto ó de enemistad, y por lo tanto, en la urbanidad y comedimiento que los Escoceses habian aprendido de sus frecuentes aliados, los Franceses, ó que era una prenda natural de su índole orgullosa y reservada, solo veia una máscara que cubria los mas pérfidos designios contra los vasallos de Ricardo, á quienes creia que solo así podrian vencer, y no con una oposicion franca, abierta y decidida.

A pesar de estas disposiciones de sir Tomas contra sus vecinos, de las cuales no se exceptuaban los que habian venido con él á pelear bajo el estandarte de la salvacion,

el respeto con que miraba al rey, y la obligacion que le imponian sus juramentos de caballero cruzado, le impedian romper abiertamente con los Escoceses, á quienes solo manifestaba su desagrado y repugnancia, procurando evitar, en cuanto le era posible, toda conversacion con ellos, ó manteniéndose taciturno en su presencia, cuando no podia evitarla, ó lanzándoles algunas miradas de desprecio, cuando los encontraba en las marchas y en los campamentos. Los barones y caballeros escoceses no estaban acostumbrados á llevar con paciencia semejantes sonrojos; conocian las secretas intenciones de sir Tomas, y le consideraban como un enemigo encarnizado é irreconciliable de su nacion. Sin embargo, los que mas de cerca le observaban, sabian que si no imitaba la benigna y sufrida caridad, recomendada por la Escritura, no por esto carecia de aquella afectuosa benevolencia que se complace en aliviar y dulcificar los males ajenos. Sus cuantiosas riquezas le permitian llevar consigo una abundante pro-

vision de víveres y medicamentos, de los cuales solia enviar secretamente algunas remesas al cuartel de los Escoceses, porque era de opinion que despues del amigo, la mayor consideracion se debe al enemigo, y no hacia caso de los otros grados y relaciones intermedias, que le parecian harto indiferentes, y poco dignas de atencion y aprecio. Ha sido indispensable entrar en esta menuda explicacion, á fin de que el lector pueda entender lo que sigue.

Apénas sir Tomas de Vaux habia puesto los piés fuera de la tienda de Ricardo, cuando conoció lo que ya habia conocido el rey, algo mas acostumbrado que él á los sonidos de la música, y á los cantos de las diferentes naciones; á saber, que el rumor procedia de las dulzainas y atambores de los Sarracenos; y á la extremidad de una larga hilera de tiendas que formaban una ancha calle delante del pabellon real, distinguió una muchedumbre de soldados, reunidos en torno del sitio en que la música se oia, que era el centro del campamento; y vió, no sin

extrañeza, que en medio de los morriones de varias formas, que llevaban los soldados de diferentes pueblos, sobresalian blancos turbantes y largas picas, que indicaban la presencia de algunos infieles, y los prolongados cuellos de los camellos y dromedarios, que se enseñoreaban sobre la turba que se habia congregado al rededor.

Era costumbre dejar las banderas de tregua y los pliegos del enemigo en un sitio señalado, fuera de las barreras del campamento: por lo que sir Tomas, atónito y descontento al ver tan inesperado y singular espectáculo, miró por todas partes, buscando alguna persona que le explicase tamaña novedad.

La primera que vió venir por el mismo camino que él habia tomado, le pareció por su porte grave y altanero, que debia de ser Escoces ó Español; conociólo al acercarse, y dijo entre dientes: « Escoces es por vida mia... el del Leopardo, y no pelea mal para ser de aquella tierra. »

Deseoso de evitar su encuentro, prosiguió

andando, sin hacer caso de Sir Kenneth, como si dijera: « Te conozco, pero no quiero nada contigo, » cuando el Escocés frustró su intento, acercándosele con respeto y cortesía, y diciéndole: — « Milor de Vaux de Gilsland, tengo que hablaros. »

— ¿ A mí? respondió el baron; hablad con tal que seais breve, pues voy á desempeñar un encargo de su magestad.

— Lo que tengo que deciros, continuó el del Leopardo, atañe mas particularmente al rey: traígole la salud.

El baron De Vaux miró al Escocés de los pies á la cabeza, y dijo: « No creo señor Escocés, que seais físico: tan fácilmente creeria que traeis riquezas al rey como salud. »

Sir Kenneth aunque ofendido al oír la respuesta altiva del baron, le respondió con mesura: — « La salud de Ricardo es gloria y riqueza de la cristiandad: pero el tiempo urge, y solo deseo saber si puedo ver al rey. »

— No por cierto, dijo sir Tomas, ínterin no expliqueis el negocio que os trae á su tienda: que la de un monarca enfermo no

es hostelería de Escocia, abierta á todo el que llama.

— Milor, respondió sir Kenneth, la cruz que como vos traigo al pecho, y la importancia del negocio que aquí me conduce, me impiden responder á vuestras palabras como sé hacerlo, y como en cuarlquiera otra ocasion lo haria. En pocas palabras, pues, lo que traigo conmigo es un médico moro, que se ofrece á curar al rey Ricardo.

— ¡ Un médico moro! exclamó sir Tomas, y quien responde que no trae veneno en vez de medicina.

— Su vida, respondió sir Kenneth; su cabeza que ofrece en rehenes.

— Poca cosa es la vida, dijo sir Tomas, para el malvado atrevido que sabe lo que vale la suya, y algunos de estos he visto yo, que con tanta resolucion subirian á la horca, como si fueran á bailar con el verdugo.

— Pues tened entendido, milor, dijo el del Leopardo, que Saladino, á quien nadie negará el crédito de enemigo valiente y generoso, envia al campamento cristiano este mé-

dico, con honroso acompañamiento y guardia, que denota el aprecio con que el soldan mira á El Hakim, y con frutas y refrescos para el uso y alivio de su magestad, y mensaje propio de enemigos leales y magnánimos, por el cual le suplica que procure recobrase de la fiebre que le aqueja, para recibir la visita que trata de hacerle, con la cimitarra desnuda en la mano, y mil ginetes en pos. Y vos, que sois del consejo privado de su magestad, tened á bien mandar descargar estos camellos, y dar las demas disposiciones convenientes, á fin de que ese sabio físico sea recibido como se debe.

— Maravillome de vuestras nuevas, dijo el baron, pero, ¿quién responde del honor del soldan, cuando solo necesita de un poco de mala fe, para desembarazarse de su mayor enemigo?

— Yo respondo de Saladino, repuso el del Leopardo, con honor, vida y hacienda.

— Mas me maravilla aun, dijo sir Tomas, que el norte responda por el mediodia, y un Escoces por un Turco. ¿Podeis decirme,

buen caballero, de qué modo os habeis ingerido en este negocio?

— He ido á cumplir un voto de romería, respondió sir Kenneth, y al mismo tiempo á llevar un mensaje al ermitaño de Engaddi, y durante esta jornada....

— ¿Podeis, dijo el baron, interrumpiéndole, confiarme vuestro mensaje, y la respuesta del santo varon.

— No puede ser, milor, respondió el Escoces.

— ¿Sabeis que soy del consejo secreto del rey de Inglaterra? preguntó con altanería sir Tomas.

— ¿Y sabeis, contestó el del Leopardo, que yo no soy vasallo de vuestro rey? Aunque he seguido en esta guerra las banderas de Ricardo, mi mensaje es del consejo general de los reyes, príncipes y supremos caudillos del ejército de la santa cruz, y á ellos solos, y no á otro alguno daré cuenta del encargo.

— ¿Eso decis? respondió sir Tomas, pues tened entendido, mensajero de reyes y príncipes, ó quien quiera que seais, que ningun físico se ha de acercar al lecho del rey Ri-

cardo sin el consentimiento del señor de Gisland, y pobre del que se atreva a osarlo sin esta condicion.

— Separóse con prontitud, al decir esto, del caballero escoces, el cual, poniéndosele en frente con actitud grave y decidida, y no sin algunos visos de orgullo, le preguntó si el lord de Gisland le tenia en concepto de noble y leal cababallero.

— Todos los Escoceses, respondió sir Tomas, son de ilustre alcurnia, mas conociendo que esta irónica alusion podia ofender al del Leopardó, y viendo que se le encendieron de pronto las mejillas, mudó de tono, y continuó: En cuanto á lo de buen caballero, pecado seria negar este título á quien, como vos, sabe desempeñar cumplida y valerosamente su deber.

— Bástame con eso, dijo sir Kenneth, satisfecho de esta reparacion hecha á su honor; y ahora, sir Tomas De Vaux, á fe de verdadero Escoces, cuyos privilegios disfruto como los mas altos gentileshombres de aquel reino, y por la dicha que tengo de

haber sido armado caballero, y por esta santa empresa á que he venido por ganar fama y pre en esta vida, y perdon de mis pecados en la otra, y por la sagrada cruz que llevo al pecho, os juro y protesto que lo que mas deseo y el único objeto que aquí me trae, es el recobro de la salud del rey Ricardo Corazon de Leon, y que tal es mi único propósito al recomendaros el ministerio de este físico musulman.

Quedó sorprendido el Ingles al ver la firmeza y resolucion con que el Escoces pronunció estas palabras, y expresándose con mas cordialidad que hasta la que entonces se habia notado en sus respuestas: — Decidme vos, repuso, señor caballero del Leopardo, dando por sentado, como no lo dudo, que estais satisfecho de todo lo que habeis dicho, ¿será prudente y oportuno dejar que ese médico moro, ó lo que sea, aplique sus drogas á tan preciosa salud como lo es para toda la cristiandad la de Ricardo, hallándonos en una tierra en que el arte de envenenar es tan comun como el de cocinero.

— Milor, dijo el Escoces, á esa objecion os respondo que mi escudero, el único de todos los que me acompañaban que ha escapado de los rigores de la guerra y del clima, yace ahora postrado en una cama, con la misma enfermedad que la que affige al valiente rey Ricardo; con notable menoscabo y pérdida de la empresa que dirige. A este escudero mio, de que os hablo, ha suministrado el médico El Hakim, hace no mas que dos horas, ciertos brevages y remedios, con los cuales ha logrado un sueño henigno y suave. Que puede curar esta dolencia, tan fatal en sus resultas, no lo dudo; que viene con la sincera intencion de curar al rey, nos lo asegura el soldan, y sabido es que su corazon es tan cordial y tan pundonoroso como puede serlo el de un obcecado infiel; en cuanto al éxito de la cura bastantes rehenes son para tranquilizaros, y para no dudar de la buena fe del físico, la recompensa y el castigo que le aguarda, si responde á nuestros deseos, ó si por malicia, y con designios perversos llega á frustrarlos.

El Ingles oyó esta relacion con los ojos bajos, como quien duda y al mismo tiempo desea que sus dudas se disipen. Al fin alzó la vista al caballero, y le preguntó: « ¿ Puedo yo ver á ese vuestro enfermo escudero? »

Enrojeció el del Leopardo, y tardó algunos minutos en responder. — Con mil amores, dijo al fin, pero debeis tener presente, milor de Gisland, cuando veais mis pobres cuarteles, que los nobles y caballeros de Escocia no comen tan delicados manjares, ni duermen en tan mullidos lechos, ni se curan de tanta magnificencia en sus tiendas como sus vecinos los Ingleses. Venid, puesto que asi os place, á mi humilde alojamiento. Dijo estas palabras con cierta enfática altanería, y echó á andar delante del baron, no sin dar claros indicios de empacho y de repugnancia.

Aunque como ya hemos visto, sir Tomas De Vaux miraba con desconfianza y despego á todos los naturales de la tierra de sir Kenneth, la nobleza de su índole no le permitia gozarse en el rubor de un hombre de pro á quien las circunstancias obligaban á confe-